

Desenmascarar al tirano



Andrei Chtcherbine

...solo me queda agradecer a quienes me ayudaron a hacer realidad este trabajo y a toda aquella persona que lo lea.

Saben, en esta sociedad, muchos que eligen vivir la vida como si estuvieran en un cumple, pero hay otros que prefieren hacerse cargo de sus responsabilidades, que quieren cambiar este mundo, esos, a los que les duele cada injusticia.

Detrás de cada uno de los conceptos que criticamos, cada faceta de la opresión sistémica que tratamos, hay personas reales sufriendo, siendo alienadas, invisibilizadas, siendo privadas de poder disfrutar plenamente de sus vidas.

Por ello, el marco teórico que se expone en estas páginas es una guía y un llamado a la acción, no una búsqueda intelectual destinada a la estantería.

Prólogo

Hace casi 500 años, Étienne de la Boétie escribía su gran obra “Discurso sobre la servidumbre voluntaria”. A pesar de este gran aporte a la teoría libertaria, y a otros tantos que tuvieron lugar ya a partir del siglo XIX, la obediencia y la servidumbre siguen siendo la base de las sociedades. A través del presente texto intentaré explicar algunos de estos mecanismos desde mi perspectiva: pasaremos por los fundamentos del Estado, por el dilema de la libertad individual y colectiva, realizaré una serie de críticas al modelo democrático y a las sociedades meritocráticas, así como al modelo socialista y a las propuestas de justicia social. Me queda decir, como introducción a esta nueva edición del texto, que no deja de preocuparme la pérdida de cultura y pensamiento crítico que estamos viviendo y que se acelera cada año. El avance de las tecnologías ha sido excepcional y tal vez las generaciones nuevas jamás lean un libro completo en toda su vida, reemplazándolo por redes sociales y resúmenes de las obras fundamentales en videos de pocos minutos. Les prevengo de la gravedad de esto, pues un resumen no es ni más ni menos que una conclusión hecha por otra persona, conclusión que es arbitraria y subjetiva. El presente trabajo es fruto de un recorrido y de un análisis comparativo de varias obras, si el lector o la lectora no está familiarizado con los conceptos expuestos sugiero la lectura del material base, ya que hacerlo va a enriquecer su perspectiva. En el texto encontrará referencias a obras, hechos históricos y conceptos que no están explicados ya que hacerlo implicaría una extensión diferente, sin embargo, espero que el mismo sirva para despertar su curiosidad e incentive una lectura profunda de las obras fundamentales en las cuales me posiciono.

El Estado de la época de Étienne de la Boétie era un Estado que llamaremos paternalista: una institución piramidal jerarquizada y rígida que recurre a la represión más severa y directa para

mantener el poder, cuya naturaleza en aquel entonces era justificada con una fábula religiosa. Este Estado paternalista viene, justamente, a representar la figura paterna de la sociedad que acepta ser “educada” y dirigida en todo sentido por la autoridad.

Étienne de la Boétie estaba sorprendido de cómo las personas se dejaban someter y se subordinaban al rey, un único señor al que le otorgaban el poder absoluto tanto para hacer el bien como para hacer el mal – entregándole sus vidas, que podían depender del capricho momentáneo de esa única persona.

A pesar de ello, y recordando a Jean Rousseau, podemos afirmar que: “El más fuerte nunca lo es bastante para dominar siempre, sino muda su fuerza en derecho y la obediencia en obligación.” Entonces, haciendo la retrospectiva de la mutación de esa fuerza, podemos ver cómo el Estado fue pasando de la forma bruta, tosca y represora a formas más sofisticadas de control. La razón es exactamente la que señalaba Rousseau: dominar por medio de la fuerza directa es, a la larga, agotador para el Estado, termina generando mecanismos de resistencia y, en definitiva, prepara el terreno para una revolución.

Es cierto, un régimen déspota, dictatorial, autoritario, puede durar cientos de años, pero tarde o temprano cae, y al hacerlo, genera más daño estructural que una transición “voluntaria” hacia otro tipo de Estado. Sencillamente, si “el pueblo” llegara a derrotar al régimen, es imposible que con esa victoria no tome conciencia de su propia fuerza. Tal vez muchas personas imaginan hoy que el Estado de derecho moderno y democrático fue producto de la voluntad de la clase gobernante, esa es una de las grandes habilidades del sistema: hacernos creer que toda lucha es en vano, que todo retroceso de la opresión, todo avance de la igualdad y la justicia se hubiera dado de todos modos por la benevolencia del rey o del Estado. Para interiorizarse en la importancia de las luchas sociales del pasado, sugiero la lectura de obras como “Calibán y la bruja” de Silvia Federici.

Capítulo 1

El dilema de la libertad y la meritocracia

Todo ideal es inalcanzable, toda utopía es inconseguible. Ambos nos dan ese marco, ese enfoque, esa meta, que, como decía Eduardo Galeano “nos sirve para caminar”. Sin embargo, hay que estar atentos a lo que nos pasa mientras caminamos, no vaya a ser cosa que a medida que avanzamos nos transformemos en monstruos.

Quienes gobiernan, dicen que su objetivo es el bienestar de los ciudadanos. Históricamente, esta narrativa hacía énfasis en asegurar el orden, la estabilidad y la seguridad del pueblo. Hoy, como los tiempos que corren ya no son tan turbulentos, la consigna que llega mejor al votante es la que promete solucionar los problemas económicos y dar respuesta a algunas demandas sociales. Según la ideología dominante, podemos dividir las sociedades actuales en dos grandes grupos: meritocráticas y de justicia social. Ambas prometen libertad y bienestar, sin embargo, se aproximan a la idea de la libertad desde diferentes ángulos, porque, en definitiva: ¿Qué es la libertad?

Libertad es ir adonde queremos, es comer lo que queremos, es profesar la religión que queremos, pensar y escribir, hablar y juntarnos con quien queremos. Estar libres de toda opresión es libertad, ¿pero es eso toda la libertad? Porque si no podemos desarrollar todo nuestro potencial, si no tenemos acceso a la educación, si no tenemos los medios para comprar comida, libros, computadoras, o porque simplemente no tenemos tiempo, eso limita nuestra libertad, limita nuestro desarrollo intelectual, físico y espiritual.

A estos dos conceptos de libertad se los suele denominar libertad positiva y libertad negativa.

Libertad positiva: la que me permite desarrollar mi potencial interior.

Libertad negativa: la que me permite utilizar y disfrutar de ese potencial.

Naturalmente, imaginamos lo lógico, que las dos libertades van de la mano y son importantes, sin embargo, hay una disociación muy grande de ambos conceptos debido a la narrativa hegemónica.

Cuando nos adentramos en la política global del siglo pasado, vemos una lucha permanente entre dos modelos antagónicos: el modelo del sueño americano, basado en la meritocracia, y el modelo socialista, basado en la justicia social. Uno de ellos, el capitalista, apuesta principalmente a la libertad negativa “- si se quiere, se puede” –, volcando la responsabilidad del éxito o del fracaso al individuo. El otro, socialista, apunta a establecer condiciones de igualdad de base para permitir el desarrollo de cada uno de los ciudadanos: libertad positiva. Uno es un modelo individualista, el otro colectivista. Cabe preguntarse entonces: ¿Por qué estos dos modelos son antagónicos, si ambas libertades son importantes? Ambos buscan el bien común, pero cada uno tiene su lado oscuro.

La meritocracia, como idea de elegir según mérito y no derechos de nacimiento o posición social es obviamente muy noble y normalmente no se puede argumentar nada en su contra: elegir generales de un ejército porque son hijos de otros altos mandos o elegir diputados porque tienen plata a todos nos parece mal, en las sociedades occidentales al menos. Es obvio que a nadie le gusta que los dirigentes sean puestos por ser amigos de alguien o hijos de alguien, pretendemos que ocupen esos cargos por sus capacidades y que sean seleccionados de la manera más justa y transparente. A todos nos parece bien que una persona que trabaja más sea mejor remunerada que la que trabaja menos. Esto, sin embargo, no resume la meritocracia. Lo que acabamos de describir, siguiendo con el paralelo de las diferentes libertades, es

únicamente meritocracia negativa. Lo que nos queda fuera de la bolsa es cómo las personas llegan a adquirir lo necesario para competir en esas selecciones justas. Si en un país solo hay un 1% de personas que saben leer y escribir y yo voy a seleccionar un presidente, obviamente voy a elegir de ese 1% y para ellos la selección será muy justa y transparente, pero ¿qué pasa con todo el resto de las personas?

La meritocracia (negativa) por sí sola no puede dar respuesta a todas las injusticias y en su estado puro, apostando solamente a la libertad negativa, profundiza las desigualdades existentes en la sociedad. Es individualista y por ello encaja muy bien en el modelo capitalista de producción, así como en una sociedad jerarquizada, escalonada, dividida en distintos elementos de autoridad porque la jerarquía se explica con el mérito. Si la meritocracia es el supuesto de que todas las personas obtienen una recompensa equivalente a su mérito o esfuerzo, entonces quienes tienen mucho es porque se han esforzado mucho para tenerlo y quienes tienen poco, pues, no se han esforzado lo suficiente. Sin embargo, no hay ningún “mérito” en la suerte: el sistema privilegia a quien nace rico y, en definitiva, es solo otra forma de mantener el statu quo.

La justicia social, a pesar de ser la contracara de este modelo capitalista a todas luces deficiente en lo humano, tiene problemas muy profundos cuando se intenta implementar en su estado "puro" que es el modelo socialista. Al enfocarse casi exclusivamente en la reparación histórica de grupos oprimidos (clase trabajadora como gran ejemplo) y tratar de nivelar la sociedad en cuanto a los ingresos, el acceso a la salud, la educación y los servicios, suele dejar de lado los incentivos al crecimiento individual, que es visto hasta con recelo. El Estado tiende a volverse más rígido para garantizar la equidad y se encuentra con otro gran problema: el creciente descontento interno, incentivado por los intereses de los mercados, que ve estas nivelaciones como injustas. Frente a esta amenaza, el

aparato estatal se ve obligado a limitar cada vez más las libertades individuales evitando la sublevación: se estatiza todo, se prohíbe la crítica y el contacto con el exterior, etc. De no hacerlo, el proyecto se cae, las instituciones democráticas, las elecciones libres, el libre mercado, todo facilita el ingreso de ideas y prácticas capitalistas, individualistas, meritocráticas. El Estado entonces se ve obligado a limitar la libertad negativa con el fin de promover la libertad positiva de la población, ¿pero puede esto funcionar? En un mundo globalizado, donde la economía está gobernada por el sistema capitalista, es extremadamente difícil de hacer y supone un costo altísimo, un costo humano de la libertad negativa tan grande que pone en duda el sentido mismo del modelo.

El libre mercado es otra máxima del capitalismo: se supone que la no intervención del Estado en los mecanismos del mercado aseguraría la competencia sana entre empresas y garantizaría el bienestar económico. Sin embargo, la práctica demuestra que no existe libre mercado en una situación de desigualdades tan marcadas como la diferencia entre PYMES y empresas transnacionales gigantescas.

Dentro de estos planteos, aparentemente neutros y despojados de emociones, el trabajador aparece como un actor independiente, que elige para quién quiere trabajar, a quién le vende su fuerza de trabajo. En realidad, no hay una verdadera elección de por quién nos vamos a hacer explotar, un poco mejor o un poco peor, eso no resuelve las estadísticas y mucho menos en un contexto de escasez de empleo.

El concepto de libre mercado está estrechamente relacionado con la meritocracia y opera de la misma manera, cargando toda la responsabilidad sobre el individuo que, si es pobre, es porque elige serlo y si es explotado también, porque ¿quién le impide buscarse otro trabajo mejor? De esta manera, en un mercado cada vez más exigente, donde ni siquiera alcanza ya con un título

superior para acceder a un empleo digno, se culpa al individuo por permitir que lo exploten en un trabajo de porquería, ya que ir a la universidad, así sea pública, está reservado a una minoría. Culpable de no pertenecer a un sector intelectual, por tanto, culpable de su propia explotación.

La escuela y la universidad, en este sentido, cumplen con una función necesaria para separar la población en sectores más y menos explotables, incluso el mismo individuo se siente menos capaz por no haber terminado los estudios y no aspira a un trabajo mejor remunerado. Se sabe, que si no hizo la secundaria va a tener que contentarse con un trabajo probablemente informal y mal pago, si no hizo un estudio superior, sabe que terminará, con suerte, en una fábrica o siendo personal de descarte en alguna empresa explotadora. La persona misma se hace encajar y se cataloga en el mercado laboral. El libre mercado opera de esta manera, cada empresa pone condiciones arbitrarias y los trabajadores tenemos que aceptarlo o dejarlo. Por ello, es indispensable volver a entender a la clase trabajadora como *desposeída*. Aunque hoy sea mucho más difícil unificar a esta clase social, también es cierto que el discurso de la meritocracia no tiene cabida en el sector progresista que ve a través de su máscara, aunque lo termine aceptando.

¿Cuál es el mérito que buscamos? ¿Cuál es el sacrificio que estamos proponiendo? La idea de que el “trabajo” da “valor” a la persona se comparte tanto en el modelo comunista como en el capitalista, no es nada fácil escapar de estos pensamientos cuando toda nuestra vida gira en torno al trabajo. Entre los pocos que se han opuesto a la idea del trabajo como dignificador se encuentran históricamente los anarquistas. Por ejemplo, Severino di Giovanni decía:

“Más trabajamos, menos tiempo nos queda para dedicarlo a actividades intelectuales o ideales; menos podemos gustar la vida, sus bellezas, las satisfacciones que nos puede ofrecer; menos disfrutamos de las alegrías, los placeres, el amor. No se puede pedir a un cuerpo cansado y consumido que se dedique al estudio,

que sienta el encanto del arte: poesía, música, pintura, ni menos que tenga ojos para admirar las infinitas bellezas de la naturaleza. Un cuerpo exhausto, extenuado por el trabajo, agotado por el hambre y la tisis no apetece más que dormir y morir. Es una torpe ironía, una befa sangrienta, el afirmar que un hombre, después de ocho o más horas de un trabajo manual, tenga todavía en sí fuerzas para divertirse, para gozar en una forma elevada, espiritual. Sólo posee, después de la abrumadora tarea, la pasividad de embrutecerse, porque para esto no necesita más que dejarse caer, arrastrar. A pesar de sus hipócritas cantores, el trabajo, en la presente sociedad, no es sino una condena y una abyección. Es una usura, un sacrificio, un suicidio.”

El mayor problema de estos dos pilares del Estado democrático liberal es que sus consecuencias se arrastran generación tras generación, década tras década, solo agravando más el problema y generando más desigualdad, en resumen: “los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres”. Tanto en la meritocracia como en el libre mercado, el que tiene un buen pasar, se lo traslada a sus hijos y el que está mal hace lo mismo con los suyos, por tanto, es un juego de ajedrez en el cual siempre habrá gente empezando la partida con una sola pieza teniendo que competir contra personas que tienen todas las 16, y a eso le llamamos igualdad. Lo emocionante de los juegos de mesa es que al final de la partida todas las fichas van a la caja y se vuelve a comenzar de cero.

El tercer pilar que nos toca derribar es el más fuerte y el menos cuestionado universalmente, se trata de la democracia. Es muy común escuchar críticas a la meritocracia por parte del sector progresista y críticas al libre mercado desde el socialismo, pero pocos se atreven a cuestionar abiertamente “La Democracia”, concepto que reúne, pareciera, lo mejor que se ha logrado en las sociedades occidentales hasta ahora.

No es difícil, sin embargo, encontrar serias inconsistencias en la propuesta democrática ya que se rige, como demostraré, con los mismos principios de la meritocracia y el libre mercado. La democracia moderna, que establece una elección del poder ejecutivo supremo cada 4-5 años, tiene como premisa que los adultos sabemos lo que queremos y que vamos a elegir lo que nos resulta mejor, que de esta forma podemos autodeterminarnos y ser representados por las personas más dignas para el cargo. Todos estos supuestos son falsos. En una situación de monopolio, u oligopolio, de los medios de comunicación masiva, con barreras mediáticas y adoctrinamiento cultural casi absoluto es imposible hablar de una libre elección.

Elegimos de lo que nos ofrecen los medios, altamente condicionados por lo hegemónico y el lavado de cerebro al que somos sometidos durante más de una década de escolarización obligatoria. Por otra parte, se supone, que cualquier persona, puede crear un partido y presentarse a elecciones, pero esto es falso por las mismas razones que el libre mercado: los partidos ya constituidos tienen patrocinio de gente muy poderosa y se pueden publicitar mucho más, pueden llegar mucho más lejos con su propaganda de lo que nosotros alguna vez podríamos. Ni siquiera es una cuestión de dinero: los medios de comunicación son manipulados por estos poderes, o incluso son de su propiedad, por lo cual pueden cancelar nuestras propuestas de maneras muy efectivas. Por último, la democracia sirve para justificar y perpetuar las desigualdades existentes: si nos va mal es porque votamos mal.

Exactamente a la misma lógica que hay detrás del dicho: “son pobres porque quieren”, ahora le sumamos: “tienen malos dirigentes porque son ignorantes y votan mal”. Es típico del liberalismo afirmar o insinuar este tipo de cosas y es típico de las izquierdas dirigir las críticas a los lugares de toma de decisión y no hacia el individuo que, entendemos, está demasiado condicionado y no tiene plena capacidad para elegir libremente al estar inserto en una cultura que lo somete y lo adoctrina.

Nuestras sociedades, particularmente las “americanas”, están atrapadas en el partidismo. Hay una dinámica política que es muy sencilla: hay dos o tres partidos mayoritarios que se disputan el poder en cada elección, el resto nunca llega a nada. El partido que gana, casi siempre con promesas falsas, se preocupa más que cualquier otra cosa por mantenerse en el poder. Los que quedan fuera pasan a ser parte de la oposición y durante 4 años se ocupan de criticar todo lo que haga el gobierno de turno, luego eventualmente son elegidos y quienes ocupaban el poder pasan a ser sus detractores. Puede parecer que esta dinámica ayudaría a mantener balanceadas las fuerzas políticas, pero en la práctica convierte todo en una lucha por el poder donde las medidas que se llevan adelante son pensadas únicamente en función de su utilidad para conseguir votos.

Cuando un nuevo gobierno llega al poder tiene básicamente las mismas necesidades: blindarse contra las críticas, para lo cual siempre es muy útil culpar a los gobiernos anteriores, y construir una narrativa donde ellos son los buenos y si no se los sigue votando todo irá para peor. La dinámica de la lucha partidaria es esa: quien tiene el poder lo único que quiere es mantenerlo y el que no tiene el poder sólo quiere conseguirlo. Puede parecer sobre simplificado, pero veamos que es lo que le pasa al “votante” inserto en toda esta pelea. Frente al poder de los medios y la propaganda, el votante se termina decantando por las opciones del menú político que son, por lo general, antagónicas o al menos bien diferentes. La ideología elegida empieza a marcar el rumbo y determina el lente con el que el votante mide toda propuesta política: si viene de los demócratas y yo soy republicano, ya de por sí la voy a considerar con malos ojos porque apoyar algo del partido “enemigo” u “opositor” sería llevar agua para su molino. De a poco vamos construyendo esta “grieta” donde el otro es cada vez más estigmatizado y sus propuestas son siempre mal vistas – incluso dentro de mismo gobierno es casi imposible gobernar sin mayoría porque los políticos de otros partidos simplemente tienen la orden de no votar lo que sea que venga del partido opositor. Es

una lucha feroz, dónde lo que menos importa son las verdaderas medidas, es una puesta en escena, una obra de teatro, dónde lo que realmente se disputa es el poder. Es lógico, por otra parte, que todo sea un circo, porque es útil para distraer a las personas de lo que realmente pasa, la misma “democracia” es una máscara si no existe la posibilidad de votar algo realmente diferente, por la razón que sea. ¿Podemos votar trabajar 6 horas y cobrar lo mismo? ¿Podemos votar que los medios de producción sean comunes? ¿Podemos votar que nadie pueda heredar medio país? ¿Podemos votar que las empresas repartan las ganancias con los empleados y no los exploten quedándose con todo? ¿No? O si lo votáramos, por un milagro de la vida, ¿creen que sucedería realmente?

Esto es cómo uno de esos casinos dónde de pronto te sale la combinación perfecta que te garantiza millones, pero se niegan a pagártelo. ¿Para qué jugamos si no se puede ganar? Es nada más que una estafa.

A pesar de todo lo dicho, no se puede desestimar la posibilidad del cambio a largo plazo si se hicieran algunos cambios estructurales: el partidismo es un show que sirve al poder, pero podría ser de otra manera, la democracia podría funcionar de una manera directa suprimiendo los partidos y, si bien de esta manera no se solucionarían mágicamente todos los problemas, podría haber más lugar para debatir las medidas concretas y salir del círculo vicioso del partidismo.

Podemos, entonces, dividir la meritocracia actual en tres partes: económica, política y social. Opera en los tres campos de la misma forma, proponiendo reglas de juego supuestamente iguales para todos, que benefician a algunos y someten a otros, justificando esa desigualdad con que la oportunidad del éxito les fue dada a todos.

Generalmente, cuando se trata de culpar al individuo de los males de la democracia se elige un sector determinado de la población, casi siempre los pobres, abonando así la idea elitista de que la

democracia funcionaría bien si la gente pobre sin educación no votara. Pero es allí donde se encuentra el corazón meritocrático de la democracia: les damos la posibilidad de hacer algo diferente, pero no las herramientas para tomar esa decisión, entonces, cuando eligen siempre lo mismo, es su culpa.

Capítulo 2

La espiral del fascismo

Antes de pasar a la parte más teórica de este texto, me gustaría tratar algunas cuestiones bien prácticas que tienen que ver con el fascismo. La intención no es compartir una mirada histórica, sino una guía y una herramienta concreta para entender y combatir la opresión.



El fascismo se suele enseñar como un invento del dictador italiano Benito Mussolini, que luego se hace aliado de Alemania nazi y pierde en la Segunda Guerra Mundial, pero esta caracterización del fascismo es inadecuada. Sí, Mussolini le pone el nombre, pero no inventa, en definitiva, nada nuevo. Veamos cómo son los principios de esta ideología: el *fascio* o grupo se forma a partir de características en común, que pueden ser nacionalidad, etnia, religión, ideología, etc., en contraposición al otro grupo o grupos que son considerados inferiores o perjudiciales. Esto es y fue común prácticamente en todas partes, especialmente en sociedades con un fuerte nacionalismo o intolerancia a la diversidad. El dictador italiano lleva este sentir del grupo a su máxima expresión: la Nación lo es todo, el gobierno lo es todo, la unidad del pueblo lo es todo y los que quieran oponerse a su bienestar serán los enemigos. De esta manera, encontramos una reafirmación del grupo y un inmenso control, así como también una constante deshumanización de ese enemigo externo al grupo de pertenencia. Valiéndose de la propaganda, apoyada en medios revolucionarios para la época como la radio, el fascismo logró consolidar una aparente unión nacional, explotando aspectos profundamente humanos y naturales: el tribalismo, la necesidad de pertenencia y el miedo a la exclusión. Para ejercer la violencia contra los enemigos internos, el régimen utilizó tanto herramientas legales como extralegales. En un primer momento, recurrió a bandas armadas, como los *Camisas Negras*, que hostigaban a la oposición política, a los críticos intelectuales y a las minorías étnicas. Más tarde, a medida que el régimen consolidó su poder político, estas funciones represivas fueron asumidas directamente por el Estado, lo que institucionalizó la violencia como un mecanismo de control y represión.

Hoy en día el fascismo es más sutil, salvo en lugares donde tienen lugar la guerra y el genocidio, siendo en ese caso indispensables el control total de la población y de la narrativa. Se necesitan herramientas muy poderosas para que en plena era digital las

personas acepten una única forma de ver las cosas: la que narra el Estado. Esto se consigue por medio de un avance paulatino de despojo de derechos y libertades; veamos el siguiente gráfico:



Esta espiral busca representar la tendencia de expansión y consolidación del fascismo que se vale de hechos que consideramos totalmente normales, preparando nuestras mentes para el siguiente paso – como el efecto del “sapo hervido”, dónde un sapo se escapa del agua caliente, pero se deja cocinar vivo si se aumenta la temperatura del agua de a poco -. Ningún régimen autoritario surge de la nada, hay detrás de él un terreno bien abonado de adoctrinamiento, control, obediencia y miedo. Muchos intelectuales sostienen, que la división entre derecha e izquierda política ya no aplica hoy día, sin embargo, para mi es muy claro: quienes refuerzan esta espiral están siendo de derecha, al menos en ese asunto específico. Desde luego, este cuadro podría beneficiarse de un millón de detalles para profundizar la

explicación: la religión, en muchas sociedades la mononorma y la heteronorma, la violencia económica que se ejerce hacia los trabajadores – o no trabajadores... Supongamos que hay un cura que promueve la resistencia a un régimen fascista: está siendo “de izquierda” porque resiste el avance del autoritarismo, pero pretende regresar por la línea del tiempo sólo hasta un punto específico: cuestiona el fascismo más evidente, pero tiene naturalizadas otras formas de opresión, cómo la religión normalizadora. Todos tenemos naturalizados microfascismos que hoy no vemos, por eso la introspección es fundamental: el fascismo está, en primer lugar, instalado en nuestras propias cabezas. La espiral gira reforzándose con años de propaganda y violencia sistemática que también nos va alienando de una forma de vida sana en cuanto a lo que consumimos y la naturaleza en general. Todo esto va generando un caldo de cultivo para el fascismo que avanza por la espiral de forma notoria en el marco de grandes crisis económicas, humanitarias o ambientales.

Analicémoslo con más detalle:

Tribalismo: hay una tendencia que podemos llamar natural entre los seres humanos (y muchos otros animales) que es ser sociales dentro de nuestro grupo; somos una especie gregaria que se vale de la ayuda mutua para la supervivencia. Este tribalismo es también una pulsión para ser parte de un grupo menor con algo en común, por ejemplo, un equipo de futbol. Los hinchas tenemos algo que nos distingue del resto: nuestros colores, nuestros cánticos, etc. La rivalidad que se establece entre los hinchas de un equipo y otro es una gran expresión del tribalismo que muchas veces lleva a la violencia, a la deshumanización y la locura. Lo llaman “pasión”, y la pasión “es inexplicable”. Bueno, podemos decir que en realidad sí lo es, lo “inexplicable” es una pulsión instintiva al tribalismo que despierta en nosotros un sentir visceral de pertenencia al grupo. ¿Absurdo? Puede ser, pero en definitiva no más absurdo que el nacionalismo, que es el mismo sentir llevado a un grupo de pertenencia mayor. Este tribalismo ha sido extremadamente útil para la construcción y reafirmación de una

identidad nacional que, de nuevo, a menudo lleva a la consideración de otros, ajenos al grupo, como inferiores o perjudiciales, a su deshumanización y, finalmente, a la violencia o la agresión. Para que este triángulo del fascismo pueda ser realmente una señal concreta, varias de sus partes tienen que estar promovidas por el Estado, esto es, si unas barra bravas de Vélez realizan cánticos racistas contra los hinchas de River y luego los atacan a la salida del estadio, es un hecho que cumple con todas las partes del triángulo, pero no son acciones promovidas por el Estado a gran escala. Por ello, los grupos underground de fascistas o neonazis en realidad no son fascistas estrictamente hablando, más bien son “wannabes”, los verdaderos fascistas son quienes ejercen este fascismo desde el poder estatal.

Ya vimos, entonces, cómo el tribalismo y el nacionalismo refuerzan la espiral. Veamos a continuación qué otras herramientas ejercen un control más sutil sobre nosotros. El Estado exige una sociedad de jerarquías que permitan gobernar lo que inherentemente lleva a desigualdades muy profundas e institucionalizadas, es decir que no son dinámicas: los que tienen poder, tienden a tener cada vez más poder, mientras que, quienes no lo tienen, cada vez son más oprimidos. No existe una rotación, ni una dinámica que permita volver a barajar y repartir de otra manera los privilegios en la sociedad: es *statu quo* es una roca sólida. Hablando de privilegios, encontramos también al patriarcado, si bien podemos hacer la salvedad de que en muchas sociedades occidentales ha habido un retroceso en este tipo de opresión y ya no es tan sistémica como antes, también es cierto que en otras culturas el patriarcado es muy fuerte y se mezcla con otra forma de control que es la religión. En general, la religión ha sido un gran aliado de esta espiral ya que establece pautas de conducta, estereotipos de género, normativas de vestimenta, hasta nos dicen qué pensar para no caer en desgracia de dios. La autoridad en general tiene que ser obedecida: si yo escribo con X en vez de “los” o “las” eso produce un efecto inmediato en ciertas personas adoctrinadas y querrán corregirme. Porque la “RAE” ha

determinado que no se debe escribir así y es quien tiene la última palabra en el asunto. Ahora, si la misma academia dice que “che” no es una palabra, sino un invento argentino... ¿a quién le importa? Volviendo a estas normalizaciones es muy interesante ver lo que genera en las personas, hacer algo fuera de la norma es hasta una falta al respeto y ha llevado incluso a asesinatos. ¿Escucharon hablar de violaciones como forma de corrección del lesbianismo? Obviamente son casos considerados extremos para la cultura occidental, pero en la narrativa, en su raíz, no son diferentes a lo que expresan muchas personas al ver una marcha del orgullo gay o a una persona con el color de pelo “raro”. Les hace aplicarles un correctivo, ponerlos a todos en filita y que sean “normales” porque su actitud los enferma, es como si después de tantos años de lavado de cerebro encontramos confort en esa normalidad y cuando alguien la viene a alterar nos despierta odio. El control es muy fuerte incluso a esta altura del recorrido, sin embargo, está tan naturalizado que ya lo damos por hecho y solo nos alarmamos cuando la espiral avanza un poco más. No nos damos cuenta de que para pasar al estadio siguiente se debe naturalizar lo anterior que podemos llamar “microfascismos” por su carácter sutil. Incluso, en buena parte, tenemos naturalizado cierto nivel de deshumanización y de violencia hacia determinados grupos. Hoy en día, hay un cambio veloz del escenario de estas acciones: cada vez un número mayor tiene lugar en el mundo digital. Encontramos allí las mismas cosas, ataques de bandas de “trolls” que buscan desacreditar y hostigar a la oposición o a grupos considerados inferiores, encontramos también un control muy fuerte de esos espacios digitales por medio de la censura, la alteración de los algoritmos y la selección de contenidos que tienden a mantener a las personas siempre dentro de su burbuja informativa.

Cuando las cosas se consolidan lo suficiente y hay una necesidad estatal de expandir la espiral, empezamos a ver cosas como la unificación de la narrativa, la persecución a la oposición, la

violencia incentivada desde el aparato estatal, el control total de los medios, el terror institucionalizado, la guerra y el genocidio.

Hay un efecto que me gusta llamar “bola de nieve” y que hace referencia a una acumulación de hechos y prácticas que moldean la cultura y que son difíciles de revertir, más bien van construyendo nuevos hechos más y más intensos en base a los anteriores. Por ejemplo, en esta cultura tenemos muy naturalizada la meritocracia y el punitivismo, pero por debajo también tenemos un alto grado de xenofobia, racismo y clasismo. Cuando el Estado, o vamos a decir los grandes actores económicos que es prácticamente lo mismo, deciden que necesitan expandir la espiral hacia una nueva ley migratoria que selle las fronteras y eche a los migrantes, lo que necesitan hacer es generar un determinado clima social. Ya saben perfectamente qué tienen que hacer y son muy buenos haciéndolo. Empezarán aumentando los titulares sobre robos y violencia por parte de migrantes, titulares sobre que los migrantes se llevan cosas de arriba y así a lo largo del tiempo, van a ir construyendo ese humor social. Jugando con lo que ya estaba bajo la alfombra en la sociedad, van a ir deshumanizando ciertos grupos y así, cuando llegue el momento, la aprobación para determinadas medidas legales será abrumadora. Aquí es donde el “progresismo” critica los medios y las acciones concretas, pero no logra ver de dónde viene esa bola de nieve: viene de los microfascismos contruidos y abonados en parte por ellos mismos. El anarquismo, en este contexto, es una vacuna efectiva contra el fascismo ya que al ser consciente de los microfascismos, mostrados previamente en la espiral, evita que la propaganda nos adoctrine para avanzar hacia una opresión y una violencia más evidentes. También es una cura contra el fascismo porque nos invita a tener una actitud crítica con todos los componentes de la espiral y, de ser entendido adecuadamente, el anarquismo nos puede ayudar a deconstruir aquellas cosas que hace años nos oprimen silenciosamente.

Capítulo 3

La guerra

Viviendo en tiempos de paz, no es de extrañarnos que a muchas personas les cuesta imaginar la guerra, más allá de películas bélicas o alguna clase de historia. El horror absurdo y el exterminio nos parecen ecos del pasado, algo que como sociedad preferimos no revivir. Sin embargo, cuando ocurren ante nuestros ojos, miramos para otro lado. Genocidio, palabra que invoca en nosotros las atrocidades de los campos de concentración y nos hace preguntarnos: “¿Qué hacía el resto del mundo, cómo lo permitieron?” expone nuestra propia hipocresía. El mundo de aquel entonces hacía lo mismo que nosotros, seguía con sus vidas normales y no quería salir de su comodidad para enfrentar a los genocidas, exactamente lo que hacemos hoy, siendo testigos de al menos dos genocidios: el de la Franja de Gaza y el de Ucrania. ¿No es acaso la manifestación más pura de lo absurdo y cruel de este sistema, el hecho de que se gasten miles de millones en armamento, mientras buena parte del mundo se muere de hambre? Las guerras persisten porque benefician al poder, al capital y al fascismo. No es una generalización simplista, sino una realidad política deliberada. Hay una decisión de continuar con las guerras a nivel global, una decisión que involucra a todos. Si realmente quisieran evitar la guerra, habrían llegado a un acuerdo para crear una fuerza internacional que la impidiera. Sencillamente no quieren hacerlo, ponen excusas políticas, toman decisiones tibias, titubean a la hora de intervenir, hacen todo tipo de acciones que favorecen a los tiranos y los dictadores mientras que incluso apoyan y financian matanzas y genocidios. Desde diferentes ángulos, beneficios y posiciones sociales se llega a un acuerdo común para la guerra: algunos se van a oponer pasivamente, otros van a apoyar, algunos se verán perjudicados en su vida cotidiana o

sus negocios mientras otros se benefician, el punto es que, de una u otra manera, ese acuerdo se consigue dentro de la sociedad.

La guerra cumple un gran papel para los gobiernos, ya que pueden reiniciar su apoyo interno mientras que nadie exigirá de ellos una gran gestión, su misión, a los ojos del ciudadano, pasa a ser la victoria. La tolerancia a la oposición política, las protestas y los reclamos ciudadanos se vuelve muy delgada, se espera que toda la comunidad esté unida. No es momento de disputas.

La preparación y el campo de batalla condicionan fuertemente la manera de pensar del soldado: sí, es matar o morir, aunque mucho más profundo. La deshumanización del enemigo es crucial: la misma palabra “enemigo” implica que quiere hacerme daño y se mueve de una manera homogénea, como si fuera un solo organismo y no un montón de soldados con vidas e historia propias, únicas. Para llevar adelante las matanzas el soldado también se debe deshumanizar y convertirse en parte de esta máquina. La lógica de la guerra nos promete impunidad, ya que solo seguimos órdenes del superior, autoridad también moral que nos permite delegar los juicios personales, las decisiones y el propósito de todo a ese bien común, a esa idea de que hay alguien arriba que sabe lo que hace. Lo que posibilita, en última instancia, el conflicto armado entre personas desconocidas. Es la idea de un enemigo que debe ser destruido antes de que me destruya a mí, y mientras menos sepa sobre ese enemigo –mejor. El velo de misterio, una supuesta maldad, no deben romperse, de allí la prohibición de todo contacto o fraternidad con el enemigo.

Morir por la patria, morir por quién sabe qué cosa en un ataque suicida forzando posiciones enemigas fortificadas. ¿Qué nos dice eso de la condición humana? Nos dice que el propósito es a menudo más valioso que nuestra propia vida, o eso nos hicieron creer... Alguien allá arriba sabe qué debemos hacer y valorará nuestro sacrificio. Hay que creer en un propósito, si no ¿quién iría a morir? La doble deshumanización permite matar y morir en nombre de una meta mayor, incluso al punto en que estas reglas de juego son aceptadas por toda la sociedad civil: lo que está mal

en la guerra es matar civiles, matar soldados no está mal porque la persona, al ponerse el uniforme, aceptó ser parte del juego. Obviamente, esto ignora deliberadamente los sesgos del proceso de reclutamiento y que muchas veces la persona-soldado no está allí por voluntad propia.

¿Cómo es esa entrega, esa predisposición, esa sumisión a las órdenes del superior? Me hace acordar a la sumisión que experimentamos cuando vamos al médico: uno se pone a disposición, suprimiendo su voluntad, es la única forma. “Párese” y me paro. “Respire hondo” y respiro. “Aguante un poco que le va a doler” y aguanto. Todos lo hemos sentido, posponemos nuestros deseos y nuestra voluntad porque sabemos que resistir no tiene sentido, hay que hacer caso y ya. Algo similar pasa con todas las autoridades en general: hacemos caso, vamos con la corriente, evitamos confrontar hasta que un día podemos encontrarnos en esa situación. “Ve a morir” y voy.

Como vimos en el caso del fascismo, hay una construcción del grupo de pertenencia y un grupo antagónico del enemigo. El fascismo no es otra cosa que la aplicación de la lógica de guerra a la sociedad civil. Hay una victimización necesaria, porque el enemigo quiere hacernos daño, situación que al mismo tiempo me permite moralmente hacerle daño a él. En el campo civil, cuando hablamos de fascismo, también hay una deshumanización que puede llegar a ser doble: el fanático se maneja con un dualismo total, donde hay un enemigo antagónico. Uno se transforma en una especie de soldado que lleva adelante acciones en nombre de la causa, pasa a ser parte de la maquinaria de una guerra ideológica.

A los regímenes fascistas o autoritarios les seduce la idea de entrar en guerra por alguna razón, la que sea. Porque siempre tiene que haber un enemigo contra el que luchar: puede ser interno o externo, o ambos. La guerra ayuda a reforzar el control dentro de la sociedad, ayuda a unir al pueblo detrás de sus líderes, minimizar la crítica y el descontento. Ni hablar de que facilita la eliminación de personas que molestan al poder o para hacer

negocios. La guerra les sirve a todos –a todos los que están en el poder. ¿Cómo es que la clase trabajadora termina apoyando guerras que la empobrecen y la destruyen? La respuesta es muy sencilla: la propaganda, la fábrica cultural por medio de narrativas nacionalistas. Juntos vamos construyendo esta espiral, esta bola de nieve que día tras día va moldeando nuestra moral, nuestra percepción. Del tribalismo al nacionalismo, vamos por un camino seguro que lleva a la unidad nacional y un orgullo de territorio-nación. Hoy vengo a decirles que todo eso es basura. Que no es otra cosa que una construcción social que responde a los intereses de los poderosos. Qué novedad, ¿no? Y aunque intuitivamente lo sabemos, seguimos repitiendo el mantra que nos hacen memorizar en la escuela. Piénsenlo, hoy vemos horrorizados cómo cientos de miles de personas son asesinados por una disputa geopolítica entre naciones que antes estaban juntas. ¿Si mañana una provincia argentina se quiere independizar, tomarían ustedes las armas y al grito de “Argentina unida” irían a matar? ¿Creen que no lo harían? Pues muchos sí, si se les da suficiente propaganda. No es tan difícil: teniendo como base el nacionalismo se puede introducir la idea de que en realidad son poderes extranjeros que quieren dividir la Argentina, que hay mucho dinero detrás y que todo esto es un plan para conquistar el cono Sur. Ya está, tenemos miles y miles de soldados dispuestos a morir.

Opinamos de los pros y los contras de las guerras en otros lugares del mundo desde una lógica impuesta por los Estados-Naciones, a ver quién tenía razón en la 1ra o la 2da guerra mundial, en Vietnam, o en Siria. Opinamos sobre si EE.UU. tenía derecho de invadir Irak o si estaba bien que abandonaran Afganistán. Toda esa forma de pensar refleja únicamente la lógica de la dominación, un discurso al que nos sumamos manipulados por la propaganda. Estamos encerrados en un círculo vicioso, si cada pueblo es adoctrinado para seguir la agenda de sus líderes políticos estamos condenados a ser carne de cañón en batallas que, realmente, no son nuestras. Imaginemos un mundo donde en vez de gobiernos estatales son empresas: nosotros trabajamos para

Coca-cola y los del otro país para Mc Donald's y nos dicen "Mc Donald's nos quiere conquistar, debemos defender nuestra identidad Coca-cola y hacerle frente". Entonces un montón de empleados de Coca-cola forman batallones para defender su patria y luchan hasta la muerte contra otros obreros iguales a ellos, pero que hacen hamburguesas. ¿Significa esto que todas las guerras son iguales, que todos los gobiernos son iguales y que no vale la pena luchar contra uno peor? No. Pararnos en la misma actitud de la no-violencia y salir a decir que todos los países involucrados en guerras son lo mismo y que la resistencia violenta no es la solución sería facilitarle el trabajo a los peores. Este es un mundo complejo, optar por soluciones fáciles solo nos conduce a peores consecuencias. Cada país, cada pueblo, están sumidos en su propia propaganda, su propio mundo creado en base a la cultura ya existente. Utilizados como títeres, nuestros sentimientos son dirigidos por los gobernantes para sacarles provecho y, si hace falta, no van a pestañar para derramar la sangre de sus esclavos.

Capítulo 4

La transformación del Estado

Hay un pasaje necesario de un Estado paternalista hacia un Estado, llamémoslo, democrático. De la misma manera, como lo describe Michel Foucault en "Vigilar y castigar", el suplicio público es sustituido por el calabozo y luego por la cárcel moderna de la reformación del individuo, es importante entender que el Estado realiza esta transición para evitar el exceso de confrontación y conflicto que suponen las burdas manifestaciones del poder autoritario.

En definitiva, no existe una diferencia esencial entre el Estado paternalista y el Estado democrático: ambos son títeres del poder

que oprimen al individuo. En el primer caso, este poder está concentrado en el mismo aparato estatal y en un pequeño grupo de élites, en el segundo, se encuentra más disperso entre diferentes grupos económicos apoyándose en el Estado, aunque la tendencia es hacia la acumulación y la concentración, propias de todos los sistemas económicos piramidales. Cabe destacar que, en el caso democrático, hay más derechos universales, que no siempre se respetan, y hay, se supone, una mayor distribución de las riquezas, o sea, menos desigualdad. El Estado democrático es aquel que se dio cuenta de que otorgando algunos derechos y garantías a los ciudadanos podía minimizar los conflictos y llegar a un acuerdo más duradero con ellos.

En cuanto a su relación con la sociedad, podemos decir que, si el Estado paternalista nos trata como a sus hijos pequeños, el Estado democrático nos trata como si fuéramos sus hijos adolescentes. Me pregunto si esta tendencia va a continuar. Sería posible que, ante un aumento gigante de conciencia general, se le comenzaran a plantear preguntas muy serias al modelo, pero en ese caso es más probable que el “padre” vuelva a mostrar su cara represiva y brutal y, retrocediendo así a un Estado paternalista, haría que la multitud sólo demande volver una vez más al Estado democrático y el ciclo comenzaría de nuevo. Es que el fantasma del Estado represor siempre tiene que estar presente en la democracia, de lo contrario la gente perdería el miedo y sus reclamos no tendrían techo. Hay un balance necesario, el Leviatán se pone la máscara, pero en el fondo todos saben quién es, y así tiene que ser.

Sería muy difícil esperar que, de pronto, toda la población se rebele contra un Estado democrático, siempre hay un sector conservador que va a salir a defender el orden y con ello se garantiza el monopolio de la fuerza y la violencia. Por algo los órganos represivos del Estado están sujetos a reglas tan rígidas y tanto lavado de cerebro, por algo terminan seleccionando personas que son capaces de actos brutales, que no cuestionan las órdenes. Siempre los hay y va para ellos mi profundo desprecio. Tal vez si más personas compartieran ese sentimiento y la

claridad de ver al represor en todo uniformado, por más de que no esté reprimiendo en ese instante, tendríamos una chance.

A propósito del tema de la autoridad quiero introducir una cita de Jiddu Krishnamurti, de su libro "El arte de vivir":

"...nosotros creamos la autoridad, la autoridad del estado, de la policía, la autoridad del ideal, la autoridad de la tradición. Quiero hacer algo, pero mi padre dice: "No lo hagas". Tengo que obedecerle, de lo contrario se enojará y dependo de él para alimentarme. Él me controla mediante el temor, ¿no es así? Por lo tanto, se convierte en mi autoridad.

De igual modo, estamos controlados por la tradición: "debes hacer eso y no aquello, debes vestir tu sari de cierta manera, no debes mirar a los muchachos, o a las chicas..." La tradición les dice lo que deben hacer; y la tradición, después de todo, es conocimiento, ¿verdad? Están los libros que les dicen lo que hay que hacer, sus padres les dicen lo que hay que hacer, la sociedad y la religión les dicen lo que hay que hacer. ¿Y a ustedes qué les ocurre? Quedan aplastados, abatidos. Jamás piensan, jamás actúan y viven vitalmente, porque todas estas cosas les atemorizan. Dicen que tienen que obedecer, de otro modo estarán indefensos.

¿Qué significa esto? Significa que han creado la autoridad, a causa de que están buscando un modo seguro de conducirse, una manera segura de vivir. La persecución misma de la seguridad crea autoridad, y así es como nos volvemos meros esclavos, dientes en las ruedas de una maquinaria, viviendo sin ninguna capacidad para pensar, para crear."

De esta manera, si no independizamos nuestras mentes de la autoridad sería muy difícil superar al sistema ya establecido en base a la obediencia. La autoridad, como tal, siempre existirá. Incluso en las comunidades más libres que se conocen o que podamos imaginar, existe una cultura y un conjunto de tradiciones, existe una moral. Todas estas cosas son indispensables y son lo que nos hace humanos. Si no hay un Estado y no hay un gobierno, supongamos que hay decisiones

tomadas por medio de asambleas, por unanimidad o como sea, porque no se puede vivir en comunidad sin tomar decisiones colectivas, estas decisiones tendrán una validez y esa validez es, en sí, una muestra de autoridad.

Como siempre, llevar cualquier propuesta al límite absoluto termina quitándole el sentido: “contra toda autoridad” es una consigna hermosa y correcta en el contexto actual, dónde las autoridades están revestidas de un poder institucional que es parte de un Estado. Lo que criticamos es el grado, la magnificación de ese poder, de esa autoridad, su forma arbitraria, su servicio a unos pocos por medio de la explotación. La anarquía es una fuerza de la entropía, busca destruir la concentración del poder y así repartirlo entre todos. Cuando permitimos que la autoridad avance copando más y más terreno, aprovechándose de nuestros temores, de nuestra necesidad de seguridad, de nuestra pasividad, esa autoridad inevitablemente se va haciendo cada vez mayor, acumula cada vez más poder, más riquezas, es imposible que ese poder no corrompa. Entonces, es necesario y sano, un ejercicio constante de la entropía, cada tanto hay que volver a empezar, reescribir todos los libretos, volver a pensar todas las reglas de nuevo.

La Iglesia ha resistido, a pesar de Copérnico, de Darwin, de Nietzsche y de tantos otros y otras, la gente sigue creyéndole. El capitalismo resiste a pesar de Marx, de la URSS, de Irak, de Vietnam y de la Gran Depresión. Resiste a pesar de todo, a pesar de las demostraciones más contundentes de que es un modelo que nos lleva al colapso ambiental, a pesar de la desigualdad y de las guerras. De la misma forma, la escuela también resiste, por más de que su sistema sigue prácticamente inalterado desde su creación y los eruditos reformistas se siguen rompiendo la cabeza para entender por qué o para qué. La respuesta es sencilla: todas estas instituciones resisten porque sirven al poder, no importa que muchos creamos que no sirven a la humanidad, no es su propósito. Mientras todos nos preguntamos “¿para qué sirven las guerras?”, los Estados llevan adelante docenas de ellas

simplemente porque los asuntos de los “padres” no son competencia de los “hijos”. El Estado hace cosas, supuestamente por el bien común, y está sobreentendido que el ciudadano promedio no tiene por qué interferir, así como los hijos pueden preguntarnos lo que hacemos, pero no toman nunca una decisión por encima de nosotros.

Las sucesivas dictaduras militares, que cada tanto se guardan para dar lugar a gobiernos democráticos, vuelven cuando hace falta llevar a cabo medidas poco populares. Regresan de ese cajón porque el sistema democrático no les permite ajustar tanto, explotar tanto, matar tanto. Hay ajustes brutales que se han llevado adelante en plena democracia y no han sido fuertemente combatidos, entonces la dictadura no aparece porque “no hace falta”. Estas idas y venidas obviamente no son para nada populares y las economías más fuertes lo evitan a toda costa, aunque pueden auspiciarlas en otros países de los que se alimentan.

Capítulo 5

El centro, la periferia, y el poder

En la Argentina, en las provincias del Norte, o fuera de los centros urbanos, se vive bastante peor y las fuerzas represivas son más brutales, los gobiernos ni cambian, son como feudos. Se parecen mucho más al modelo del Estado paternalista, mientras que en las grandes ciudades se vive en un Estado democrático moderno, dónde en general, las fuerzas represivas son menos feroces. ¿Por qué esto es así? Es muy interesante, porque realmente no creo que la gente de la periferia sea inferior de alguna manera a la gente de las ciudades, el problema es que el poder central se ve obligado a mantener su máscara de bondad frente al grueso de la población, mientras con el resto puede darse el lujo de ser menos

benevolente. Toda esta hipocresía del Estado democrático se cristaliza cuando se apaga la luz y las cámaras apuntan a otro lado, ¿quién es en realidad? Un Estado moderno de un país del tercer mundo normalmente aplica políticas muy distintas entre las grandes ciudades y el interior, donde se ubican los recursos naturales a explotar. En la ciudad nos avanza de a poco con leyes opresoras de ajuste y flexibilización laboral, pero en el interior, donde quiere aplicar un modelo de saqueo brutal tiene que recurrir a las viejas recetas del Estado paternalista. En el contexto de conflictos bélicos, ¿de dónde se sacan más reclutas para mandarlos al frente? Se recurre muchas veces al interior y, cuando no, a las poblaciones más desprotegidas de las urbes.

De hecho, muchos pensadores han proclamado, que este modelo liberal no sería viable sin la desigualdad que le es inherente, que los países ricos no podrían serlo sin explotar a los países pobres, esto se puede extrapolar igualmente a todos los niveles: si hay ricos y pobres, es que acaso, bajo este modelo, ¿los ricos podrían seguir siéndolo de no haber nadie a quien explotar? Si prestamos atención a cómo esos mismos Estados democráticos se comportan a la hora de llevar adelante guerras y negocios en países pobres, nos damos cuenta de que todo es una fachada, sin la cual no sería posible mantener el mismo nivel de consumo y bienestar dentro de esos países ricos.

La propuesta de democratizar al Estado paternalista en todos sus aspectos se vuelve irrealizable. Es negar que, en este sistema, para que haya ricos tiene que haber pobres, para que podamos vivir con este nivel de consumo tiene que haber una destrucción ambiental tremenda. Esta falsa dicotomía entre la democracia y la dictadura tiene que ser superada para dar lugar a una sociedad que no se rija por las falacias de la meritocracia, del libre mercado y de esta democracia partidista. Todos los mecanismos de defensa que tiene el sistema se parecen entre sí. Como ya lo desenmascaró Foucault, hay un “progreso” de una forma de accionar a otra, del suplicio y las ejecuciones públicas al calabozo y a la cárcel. Así también pasamos de la dictadura a la democracia, de una forma de

gobierno completamente autoritaria a una que esconde su autoritarismo detrás de un sofisticado sistema de engaños. No hay nada revolucionario en estos cambios, no son verdaderas conquistas sociales. Los medios de producción siguen en las mismas pocas manos, las riquezas, a grandes rasgos, también. Para que el Estado pase de la fase paternalista a la fase democrática se tienen que dar ciertos procesos que cambien la percepción de ese Estado en la gente. El Estado es como el banco, se basa en la confianza que se deposita en él, pero es un castillo de naipes, como decía Étienne de la Boétie, el amo no tiene más poder que el que nosotros le otorgamos.

El Estado de bienestar nace como respuesta al comunismo. Los genios de arriba se dieron cuenta de que si los obreros eran muy explotados se generaban las bases para una revolución y el ejemplo de Rusia no era para nada alentador. Aparece entonces esta idea de reducir la desigualdad y darle más poder adquisitivo a la clase trabajadora. Funcionó de maravillas, pero cuando el peligro de la revolución social había pasado, el Estado, influenciado por sus amigos y dueños – las grandes empresas, empezó a ajustar las clavijas otra vez.

Todo lo que consigamos en la época benevolente se hará polvo en el momento en que el Estado decida que ha ido demasiado lejos y se le antoje volver a esclavizarnos un poco más. Sus garantías valen nada. Su constitución vale nada. Todas estas promesas solo sirven para cuando el amo está de buen humor, yo les pregunto a ustedes: cuando los recursos empiecen a escasear, ¿qué creen que hará el Estado con sus garantías? ¿A quién va a beneficiar? ¿A quién reprimirá y abandonará a su suerte? ¿Creen, acaso, que hará un referendo popular para ver quién se salva y quién muere? Las cosas avanzan rápidamente hacia un colapso ambiental y no tenemos mucho poder, en este sistema, para detenerlo. Las grandes empresas explotadoras de recursos, amigas de los Estados, son quienes deciden el futuro de este planeta.

¿Qué se puede discutir con personas que encuentran normal el hecho de que cualquier búsqueda que hacemos en Google esté monitoreada por el FBI?

Nuestros celulares nos espían día y noche, mandan información a la web de todos nuestros movimientos, son sensibles a ser accedidos por el Estado para funcionar como micrófonos, cámaras ocultas...En fin, todo esto está normalizado hoy en día, vivimos en un estado de completo monitoreo y esto no tiene fronteras, pasa tanto en el 1er mundo como en el 3ro. Creemos que el Estado democrático es tan benevolente que jamás utilizará estos medios y datos para perjudicar al pueblo, ese amo al que hemos otorgado la capacidad para hacer el bien y el mal del que habla Étienne de la Boétie, ese amo no ha olvidado su habilidad de reprimirnos si hace falta.

El sector moderadamente reformista de la población, ni hablar de los conservadores, ha perdido el sentido del peligro, ha olvidado que ese amo lo ha sometido durante toda su existencia y lo sigue haciendo, están anestesiados, dormidos. Hay una fe ciega en que el Estado democrático nos va a dirigir a un futuro mejor, que va a responder a nuestras necesidades, que va a buscar solución a todas las cosas y que lo único que se necesita es nuestra obediencia. Es el mismo germen de la obediencia al Estado paternalista que se expresa, algo ancestral que nos hace abandonar nuestra voluntad e independencia para someternos a la instrumentalización, para ser dirigidos, ordenados, ser parte de ese mecanismo.

Las personas que componen el sector medio de la sociedad, tanto progresistas como conservadores, no encuentran ningún peligro en otorgarle poder al Estado, en ser vigilados, ya que, creen, nunca harán nada que atraiga la atención de los órganos represivos. Esta ilusión cada tanto se derrumba, como por ejemplo en Rusia actual, dónde solo hace un par de años la gente no veía tal vez ningún peligro en que el Estado los vigile. Hoy, cuando te pueden condenar a muchísimos años de prisión por solo un posteo o por estar suscripto a un canal de Telegram contra la guerra, se hace evidente que había y hay mucho qué temer. Como

corderos entregamos las llaves de todo al amo, esperando que será benevolente con nosotros por nuestra obediencia, pero cuando reclama nuestras vidas ya es tarde para escapar de él.

El problema del Estado no es que esté al servicio de la desigualdad, cosa obviamente grave e inhumana, sino que siempre va a ser un organismo al que le delegamos nuestro poder y con ello nos instrumentalizamos, nos volvemos apáticos con nuestro propio destino como humanidad. No podemos ni debemos entregar en bandeja nuestro futuro a unas pocas personas, ya vimos que el Estado siempre responde a intereses poderosos y no se detendrá, a menos que lo obliguemos a hacerlo.

Capítulo 6

Los 3 errores del marxismo

La izquierda es de los pocos sectores políticos que se anima a criticar el modelo democrático, pero tiene algunas deficiencias importantes que le impiden progresar. El marxismo, a pesar de ser una excelente teoría política que supo entender la explotación del proletariado en el modelo capitalista, es una doctrina reduccionista que se ha quedado en el tiempo y hoy no puede ofrecernos una solución debido a que el campo de juego ha cambiado.

La clase obrera a la que Marx hacía referencia, el proletariado del siglo XIX estaba sumamente explotado, sin poder acceder a una vida medianamente digna. Los burgueses, por otro lado, eran un grupo concreto y definido que poseía los medios de producción, o sea, las fábricas y otras industrias. Eran dos clases sociales antagónicas separadas por una brecha económica enorme sin una clase media que haga de buffer entre ellas. Hoy, con una mejora en la calidad de vida para los obreros y una promesa de movilidad

social, que cada tanto se hace realidad, se puede vivir relativamente bien, dependiendo del país, por su puesto, sin ser dueño de los medios de producción. Estas mejoras lograron dividir aún más a la clase trabajadora que ya ha perdido prácticamente toda conciencia de sí.

La meritocracia, el libre mercado y la democracia partidaria lograron adormecer cualquier intento de revolución social: el que es pobre piensa en salir de la pobreza y ve como modelo a otros trabajadores como él; el que tiene un buen pasar, aun que deba trabajar para un patrón y tener que entregarle parte de su trabajo, siendo con ello estafado y explotado como antes, no ve necesidad alguna en rebelarse, a lo sumo se convierte en un progresista moderado.

De esta manera, el primer error del marxismo de hoy es económico: apela a una clase social que ya no se encuentra tan desesperada como en el siglo XIX. La democracia moderna ha encontrado formas muy eficaces de adormecer a los trabajadores y de enmascarar su explotación, no solamente profundizando la idea de posible ascenso social y la meritocracia, sino también permitiendo el acceso de las masas a todo tipo de entretenimiento y tecnología.

Para que se dé una revolución hacen falta dos componentes: la sensación de desesperación, que puede ser causada por el hambre, la falta de oportunidades o una certeza de muerte inminente, y una idea revolucionaria.

Estos componentes son inversamente proporcionales para su efecto: a mayor desesperación no es necesaria una idea revolucionaria muy completa para hacer estallar al pueblo, es como un pajar que se prende fuego por un simple fósforo. Si, por otra parte, nos encontramos ante una población con todas sus necesidades satisfechas, o bien con esperanzas de conseguir un ascenso social, la desesperación es mínima y haría falta una idea revolucionaria de gran fuerza para lograr la movilización.

Después de todo somos animales de costumbre que buscamos

siempre el placer y evitamos el dolor, la democracia moderna entendió esto perfectamente y nos dio lo mínimo indispensable para evitar la revuelta: la promesa de cambio, una vida con las necesidades básicas satisfechas, o con la esperanza de poder satisfacerlas, y una gran variedad de entretenimiento para evitar el ocio creativo o que pensemos demasiado.

El segundo error del marxismo es político: busca la solución en la vuelta a un Estado paternalista. Si, el ideal de Marx supone la disolución del Estado en su punto final, pero para llegar a eso se recurre primero a la revolución obrera y luego a una dictadura del proletariado, la forma más universalmente conocida por el socialismo de la URSS. Pues bien, esta forma de Estado dictatorial, así sea gobernado por obreros, es una figura paternalista cuyas características son una alta jerarquización, institucionalidad, monopolio estatal de los medios de comunicación, restricciones a la libre expresión, burocratización, las figuras de líderes gloriosos que nos llevan hacia un futuro luminoso, etc. Tratar de hacer encajar ese ideal en el modelo democrático actual es imposible ya que supone una pérdida de libertades negativas, a lo que la mayoría no está dispuesta. Al intentar volver a un Estado paternalista ignoramos que la sociedad ha avanzado hacia un Estado democrático por una serie de razones y que ese avance es muy difícil de deshacer porque el nuevo modelo demostró ser más eficiente y resiliente, mucho más de lo que Marx había presagiado.

El tercer error del marxismo actual es social: apela a una clase obrera altamente heterogénea en su percepción política, encontrándose en ella tanto conservadores como progresistas, tanto revolucionarios como reaccionarios. La sociedad, si la dividimos en estas cuatro fracciones, opera de modos totalmente distintos a lo que podemos imaginar desde la perspectiva de lucha de clases, una explicación dualista y reduccionista que considero debió quedarse en la modernidad y no ser estirada para tratar de explicar con ella todas las cuestiones sociales actuales.

El grueso de la sociedad la compone un segmento medio, alrededor del 95% de la población. Aquí encontramos a los reformistas moderados o progresistas, a los conservadores y a una serie de matices en las que se van intercalando posiciones reformistas con algún que otro ingrediente derechista. Siempre llama la atención cómo segmentos muy pobres y marginados de la sociedad votan políticos que claramente representan a otras clases económicas. Esto pasa porque son conservadores. Hay conservadores ricos y hay conservadores pobres y, sí, los pobres votan a los ricos, por más que esos ricos los desprecien. Los marxistas lo llaman alienación o falta de conciencia de clase, pero esta explicación es a todas luces insuficiente: no es que los conservadores pobres que votan a los conservadores ricos se creen que estos los van a hacer ricos a ellos también. No. Hay una afiliación ideológica que es más fuerte que la débil conciencia de clase. No están confundidos, no olvidaron que son pobres, simplemente son conservadores, ¿no es explicación suficiente? Aparte de ese grueso dividido en dos, tenemos a los revolucionarios, un porcentaje muy pequeño de la población, que busca un cambio radical y no se satisface con las reformas. Y, por otra parte, encontramos a los reaccionarios: una fracción también marginal que se opone fuertemente a los cambios o avances sociales.

Este sector reaccionario encuentra público entre la mitad conservadora de la sociedad y generalmente propone volver a un statu quo anterior, un pasado ideal que no fue pervertido por ideas progresistas y revolucionarias. Los revolucionarios, en cambio, encuentran público principalmente entre el sector reformista de la sociedad y prometen llevarlos a todos a un futuro mejor. Podríamos resumir esta lucha en una pulseada entre el pasado y el futuro, donde los extremos tienen una característica en común: buscan movilizar al ciudadano promedio, tienen, a diferencia del centro, una energía tremenda con la que nos contagian y nos quieren convencer.

Los reaccionarios suelen venderse como revolucionarios y, al ser también muy activos y apasionados como estos últimos, se los puede llegar a confundir. Tienen un muy buen manejo de los sentimientos del sector conservador y aparecen con críticas fáciles como “los políticos cobran mucho y son ladrones”, “les damos demasiado a los extranjeros”, “hay mucha delincuencia porque las leyes son muy blandas”. Obviamente, estas ideas no tienen nada de revolucionario, sin embargo, pueden empoderar y movilizar a un sector importante de la población. A todos nos gusta “lo nuevo”, la promesa de cambios, la energía, y por ello lo revolucionario nunca dejó de estar de moda. La revolución vende.

El centro demócrata, como gobierno, termina siendo aburrido para la gente y, si les va mal, pues aún peor, el deseo de cambio se hace sentir y en ese momento aparece la derecha reaccionaria que patea el tablero de los conservadores y los progresistas rancios y viene a contagiar al pueblo con esta idea de que son los únicos diferentes. Con un discurso populista y recalcitrante que apela al sector conservador y con un poco de pseudo revolución para cooptar a los jóvenes, el reaccionario se abre un camino seguro mientras que la izquierda revolucionaria falla una y otra vez al tratar de radicalizar al sector progresista y falla también en interesar a los trabajadores debido a la falta de conciencia de clase.

No tiene sentido apelar a los conservadores, por más de que sean proletarios, con un discurso revolucionario. Tampoco tiene sentido apelar a los reformistas con un discurso que huele a retroceso más que a un avance: no es deseable volver a un Estado paternalista. Para cualquier progresista la idea de volver a modelos tanto fascistas como socialistas del pasado es una locura. Proponer que el Estado vuelva a tener poder para expropiar la propiedad privada, los medios de producción e intervenir en todos los mercados es hoy una propuesta, convengamos, poco atractiva, incluso para los progresistas. Estas ideas funcionaron bien con niveles de desesperación muy altos en la sociedad, pero hoy no hay bases sólidas para una revolución social de este tipo.

El gran engaño del comunismo ruso fue que, al derrocar al Estado, tras incluso matar al Padre - Zar, se volvió una vez más al paternalismo. ¡Qué desgracia y qué injusticia tan grande haber recorrido todo ese camino y haber derramado tanta sangre para nada! Peor aún, el modelo socialista buscó antagonismo en el modelo democrático de Occidente, causando ambos muchísimos conflictos armados que solo responden a una lógica del poder y de la dominación por parte de unas pocas personas.

Cometemos un error lógico en nuestro pensamiento, el mismo que cometía Marx: si en nuestra doctrina o filosofía, que podemos reducir a una ecuación, se encuentran ausentes las cosas que esperamos encontrar al final, si el resultado no es una consecuencia lógica de las partes, entonces estamos prometiendo algo que probablemente no podremos cumplir. Si se propone una sociedad injusta, donde se explota y se destruye, pero se tiene como horizonte un mundo perfecto estamos ante un engaño. Así Marx pretendía el comunismo, un mundo sin clases sociales, sin explotación y sin Estado, pero para llegar a él había que someter a la población por medio de una dictadura obrera: nunca iba a funcionar. De la misma forma, pretendemos que el capitalismo en un futuro solucione los problemas sociales y ambientales que el mismo sistema está causando: es un absurdo y un error lógico.

Capítulo 7

El mito de la no violencia

Es muy difícil hablar de desafiar al tirano y a su monopolio de la violencia sin tocar el tema de la violencia en sí. Como ya ha señalado Peter Genderloos en entrevistas y en su gran libro “Cómo la no violencia protege al Estado”, la violencia es vista hoy como un todo y, por cierto, un todo negativo. Se permite que el Estado utilice la violencia, aunque se la condene, pero es el

único que puede utilizarla legítimamente. Exactamente como un padre que les pega a sus hijos, se lo condena, pero nadie le discute ni desafía su fuerza. Todo uso de violencia por fuera de ese monopolio es visto como terrorismo o vandalismo.

Bajo la doctrina de la lucha no violenta, se supone que todos los avances de la sociedad se han logrado con formas no violentas de resistencia y que “lo que se consigue con la violencia luego sólo puede mantenerse con la violencia”, como decía Gandhi. También decía muchas otras cosas lindas, sin embargo, sería importante que nos fijáramos alrededor de qué clase de persona elegimos construir un mito. En el caso de Gandhi, ese mito tiene patas muy cortas. Si mis queridos lectores se ponen a buscar verdades sobre este personaje histórico en la web, encontrarán muchas cosas acalladas por la historia fabricada.

Mi problema igualmente no es tanto con el ídolo de la no violencia, sino con la doctrina que ha dejado como legado: es cierto que la lucha pacífica, las protestas y las marchas sirven para conseguir algunos beneficios del Estado y hacerlo retroceder otorgando algunos derechos. El resto seguirá igual. No es otra cosa que una propuesta que busca acelerar el pasaje entre un Estado paternalista a un Estado democrático. Una vez conseguido esto, todos pueden dormir tranquilos, mientras las bases de la explotación y las desigualdades persisten. Es una forma de protesta que busca persuadir al Estado, no desafiarlo directamente y, por tanto, el Estado se reconfigura para seguir operando. Tampoco es cierto que se hayan conseguido grandes cambios de manera pacífica sin que detrás se dieran situaciones de violencia directa o potencial. Es sencillo: si sacamos 10 millones de personas a las calles, por más pacíficas que digan ser, es un riesgo gigante de levantamiento popular, están siempre a un paso de la revolución porque 10 millones en las calles significa que la desesperación de la sociedad ha llegado a su límite y solo hace falta una chispa para que todo se vaya al diablo. Entonces no, no es “violencia”, pero es una amenaza muy seria y el Estado no es tonto.

Es curioso cómo este modelo de sociedad infantilizada pretende que nos subordinemos al padre, el Estado, otorgándole herramientas diferentes a las que nos permitimos a nosotros mismos. El Estado es el único que tiene la potestad de espiarnos, juzgarnos, reprimirnos, educarnos, su poder es incuestionable. Siempre en su justa medida, si se pasa de la raya se critica esa trasgresión, como la brutalidad policial o la corrupción política, pero siempre el sistema va a ser tan injusto como nosotros le permitamos serlo, siempre nos va a querer ganar terreno y va a ir avanzando y retrocediendo, generando una ilusión de victoria cada vez que retroceda y una sensación de una mayor opresión cuando avanza.

Le otorgamos el monopolio de la violencia, pero decimos que “lo que se consigue con la violencia solo se puede mantener con violencia”. Perfecto, entonces vamos a respetar esta regla, ¿pero vamos a permitir que el Estado nunca la respete? Sí, el Estado ha conseguido el poder por medio de la fuerza y sí, lo va a mantener por la fuerza. Al no utilizar la violencia para combatirlo puede que seamos moralmente superiores, pero a la realidad de los hechos eso no cambia absolutamente nada. “Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego”, también totalmente cierto, sin embargo, al tratar de detener esta violencia y no permitir que siga escalando le entregamos las riendas de nuestro destino a unos psicópatas.

La violencia, según sostiene esta doctrina, es siempre la misma cosa, igual de condenable, sea cuando la ejerce el atacante, el defensor o la víctima. Al plantarle cara al agresor y utilizar la violencia nos acabamos convirtiendo en eso mismo que queremos combatir. Sería algo así como “poner la otra mejilla”. Pues llevamos siglos poniendo la otra mejilla al poder ¿y saben qué? El poder es cada vez más fuerte.

No hay cosa más paternalista que la religión cristiana y por ello se combina tan bien con el Estado. En estas ideas de la no violencia se encuentra, creo, la cúlmene del pensamiento del esclavo: es tan esclavo que ha creado un dogma alrededor de una supuesta superioridad moral del esclavo. No estoy, sin embargo,

planteando que las formas de lucha no violenta sean todas iguales, ni que sean pasivas. Son muy importantes y necesarias, pero tienen un tope de alcance que ellas mismas se ponen: un techo marcado por su carácter reformista.

Siempre que suceden protestas pacíficas masivas, como marchas con carteles o incluso paros, y aparecen los disturbios y el vandalismo, se suele tildar a los que llevan adelante estas acciones de infiltrados, de alborotadores, en el mejor de los casos se los considera personas que no entienden lo que hacen porque actúan por el impulso de la bronca y dan razones para criminalizar la protesta. Y la criminalización de la protesta funciona muy bien, justamente, porque hay muchas personas creyendo que la única forma legítima es protestar pacíficamente. Es más, si hace falta, con la ayuda de los grandes medios de comunicación se puede criminalizar cualquier cosa.

Supongamos que hay una situación de brutalidad policíaca de tinte racial, donde jóvenes de un barrio bajo son todo el tiempo demorados, hostigados y hasta torturados por la policía. Nace una protesta de vecinos. Juntan firmas. Van hasta la comisaría. Se plantan allí con carteles y no hacen nada, ¿cuál será la consecuencia de esa acción? Probablemente nula. Han expresado su descontento, sí, a lo mejor, si son muchísimos esto llamará la atención del comisario y preguntará a los oficiales si saben algo de eso que dicen los vecinos. Esta acción, si no tiene ningún riesgo para la comisaría, no pasará a mayores, no va a cambiar probablemente nada. Hay un supuesto de que si la lucha pacífica de unas cuantas personas no tiene éxito es porque en realidad ellos no manifiestan el deseo de la mayoría de la sociedad, entonces está bien que no pase nada, pero se ignora en este caso que la gran mayoría ni se entera de lo que sucede y si lo hacen no les toca de cerca por lo cual no están en posición de opinar realmente, ni les interesa hacerlo. La democracia usa a esa “mayoría silenciosa” como un peso muerto para ignorar los reclamos de supuestas minorías, que en realidad muchas veces son una mayoría local, o una mayoría local reformista.

Supongamos que, en este mismo ejemplo de brutalidad policial, en el barrio viven 2000 personas, de las cuales solo salieron a manifestarse 100, entonces ¿se puede decir que es una minoría?

Imaginemos otro escenario: los vecinos van hasta la comisaría, empiezan a quemar gomas, cortan la calle, insultan a todo policía que ven allí, tratan de ingresar a la comisaría, le tiran piedras, lanzan una molotov, golpean a dos oficiales y destruyen vehículos. Hay 50 detenidos. Llegan los medios, todo es un caos. Los reprimen, la gente se repliega. ¿Qué consecuencias creen que va a tener esta acción?

Sí, hoy no se puede, o no se pudo en ese caso, desafiar el monopolio de la fuerza del Estado, pero es claro que el camino del disturbio es mucho más rápido y contundente para conseguir algunos resultados. La violencia que ejerce la pueblada contra la comisaría es en *defensa propia* y está absolutamente legitimada, es más, la gente de los barrios bajos lo entiende mucho mejor que la clase media aburguesada.

Hay otro tipo de uso de violencia, fuera del marco de protestas masivas, que se caracteriza más como acto terrorista. Son los ataques a objetivos relacionados con la opresión sistemática a la que nos someten. El asesinato del jefe de policía Ramón Falcón por parte del anarquista Simón Radowitzky es un ejemplo cercano, pero veamos qué decía Severino Di Giovanni al respecto:

“Tú haces un trabajo que te gusta, que tienes una ocupación independiente y a quien el yugo del patrón no molesta mayormente; tú también que te sometes resignado o cobarde en tu calidad de explotado: ¿cómo te atreves a condenar así, tan severamente, a aquellos que ha pasado al plano de ataque en contra del enemigo? Una sola cosa te queremos decir: "¡Silencio!", por honestidad, por dignidad, por fiereza. -¿No sientes el sufrimiento de ellos? ¡Cállate!- ¿No tienes la audacia de ellos? Entonces, otra vez ¡cállate! Cállate, porque tú no sabes las torturas de un trabajo y de una explotación que se odian.”

Los actos individuales que llevan la violencia al enemigo son también actos en defensa propia. Considero que son algo similar a una revolución, pero llevada al plano personal y cargados de una gran desesperación y frustración. De por sí, son actos desesperados porque un solo individuo o un grupo rara vez tienen la esperanza de cambiar las cosas con su acción o de salir ilesos de lo que están haciendo. Saben que la maquinaria del poder los va a alcanzar. Saben también que la mayoría los condenará por desafiar a los tiranos. Ni en la época de Severino, ni menos ahora, creo que sea un camino que logre cambiar las cosas, para la mayoría serán solo actos terroristas de unos locos y los medios de comunicación harán lo imposible por tergiversarlo todo. Sin embargo, sería importante, que quienes se consideran revolucionarios, que luchan por un mundo mejor, que saben que están oprimidos por este sistema, por esta maquinaria del poder, que al menos entiendan que hay gente en una situación peor y que sigan el consejo de este gran luchador y tengan la nobleza de callarse.

No se puede hablar de la violencia como un todo, no se puede juzgar con la misma vara al que la ejerce desde el Estado, sistemáticamente, cínicamente, por cientos de años y a aquel que la ejerce desde un acto puntual en busca de justicia, o una comunidad que se defiende con las pocas armas que tienen para resistir a un Estado opresor. Obviamente, los reformistas tibios no quieren ninguna revuelta, no es difícil que compren el discurso conformista de la televisión si ellos mismos no sienten en la piel el yugo de la explotación. Los llamo, sin embargo, a cuestionar sus privilegios, a no juzgar a quienes llevan la lucha a un plano que ustedes hoy no entienden porque no sienten empatía por los demás. El anarquismo es un sentimiento de amor y altruismo por la dignidad humana contra toda opresión. Sí, ese amor se puede expresar en rabia y odio, y no es fácil explicarle a un conservador cómo es que revolver una molotov es un acto de amor, allá ellos. Los revolucionarios somos hombres y mujeres apasionados a los que no les van las medias tintas.

Los comunistas se dieron cuenta hace tiempo de que las protestas solas no iban a servir. En el Manifiesto encontramos una guía muy clara de acción que incluye formas no violentas de protesta como paros, huelgas, bloqueos, boicots y manifestaciones, pero estos no son un fin en sí mismo, ni se tiene la falsa esperanza de que cambien el orden de las cosas, por más que logren arrancarle alguna que otra victoria a los burgueses y hacerles perder terreno en la distribución de riquezas. El comunismo no se hace ilusiones, por ello fue un verdadero movimiento revolucionario y dio los frutos que todos conocemos. Sus errores ya fueron largamente discutidos y no quiero volver a esas críticas trilladas, solo manifestar que la acción no violenta de la clase obrera tenía como objetivo primario la unión de los trabajadores para la posterior revolución armada.

Fue, de hecho, una forma muy astuta de oposición: utilizaron los medios que el sistema mismo les dio, se fue avanzando por el camino legal, siempre al borde, y cada tanto tanteando la posibilidad de tomar alguna fábrica, hasta que el terreno estuvo preparado y lo legal ya dejó de importar, el monopolio de la fuerza ya había dejado de existir porque el movimiento obrero había crecido tanto que era imparable.

Capítulo 8

Los orígenes nihilistas del anarquismo

Espero estar equivocado, pero creo que las personas interesadas en la historia, particularmente la del anarquismo, estamos en peligro de extinción. No falta mucho para que los hechos del pasado, las grandes hazañas, batallas e ideas sean prácticamente olvidadas y con ellas el conocimiento de los orígenes ideológicos y filosóficos que tanta falta hace para darle profundidad y riqueza al pensamiento. Cuando se habla sobre el anarquismo moderno,

es raro escuchar hablar de sus orígenes nihilistas y por ello quiero dedicarle un pequeño espacio en este fanzine, siguiendo las líneas del trabajo titulado “Los emisarios de la nada”, que recomiendo muchísimo.

¿Cuál es el vínculo entre el nihilismo y el anarquismo? El nihilismo, que parte del latín “nada”, es un conjunto de ideas que tienen en común el rechazo a la divinidad, al propósito de la vida humana, a la idea de un sentido inherente a la existencia y a los valores preestablecidos. Es probable que la referencia que le despierte esto al lector o la lectora sea Nietzsche ya que fue la figura por medio de la cual se popularizaron en occidente algunas ideas fundamentales del nihilismo. Sin embargo, es importante tener en cuenta no solo que Nietzsche no fue un nihilista, sino que sus obras retoman una forma específica de esta filosofía.

El nihilismo es en sí tan antiguo como la idea misma del rechazo de Dios. Parte de esta filosofía estuvo dando vueltas por nuestra historia desde sus inicios, sin embargo, no tomó forma concreta en la modernidad hasta Arthur Schopenhauer, pensador en cuya obra se posiciona Nietzsche para ofrecer una visión superadora de este nihilismo pasivo o pesimista. Paralelamente a esto surge en Rusia un movimiento revolucionario basado en el nihilismo, que desafía el orden establecido, al zar, a la burguesía y la moralidad de su tiempo. El movimiento en cuestión, que nace en un principio desde círculos académicos, lleva su indignación por la desigualdad imperante en Rusia a una lucha contra los funcionarios de turno e incluso logra un regicidio. Con la revolución socialista, algunos de los nihilistas que formaban parte de este movimiento se incorporaron a los comunistas y otros a los anarquistas. La bandera y símbolo nihilista de la época era el color negro. Desde entonces y hasta ahora es también el color adoptado por el anarquismo junto al rojo, – o la letra A. En esta referencia creo que está muy clara la influencia del nihilismo sobre el anarquismo en sus orígenes, de hecho, si vemos el accionar y las ideas de ambos tienen muchísimos puntos en común.

El nihilismo ruso, lejos de promover la resignación, la apatía, o de buscar el escape de la vida en sociedad – propias del nihilismo pasivo – fue la canalización de la furia contra el orden establecido, contra las imposiciones del Estado y las normas morales absurdas. En cierta forma, cuando leemos sobre la forma trasgresora y provocativa en la que se comportaban los nihilistas rusos de la época, burlándose de la burguesía, de las jerarquías y las autoridades, encontramos bastante parecido con los anarquistas y también con la forma desafiante que tenía Nietzsche de presentar sus ideas. Mientras más leemos a este filósofo, más puntos en común podemos encontrar entre su post nihilismo y el anarquismo ya que ambos, en definitiva, parten del rechazo activo al orden establecido y creen en la capacidad del ser humano de autogobernarse y de no ser dirigido como un esclavo por otros. Nietzsche habla de su rechazo a la debilidad, pero no desde la crueldad, sino desde la necesidad de superar esa debilidad sin depender de otro más fuerte, esto es, sin generar una asimetría en las relaciones de poder que dañan al débil ya que generan dependencia. El anarquismo, en este sentido, al promover la acción directa, responde exactamente con la misma lógica: la única forma de romper la asimetría es empoderarse, es dejar de pedir al gobierno o a las autoridades por nuestro bienestar, es emanciparnos como humanidad. Notoriamente, Nietzsche propone un camino individualista y se centra en la libertad negativa, mientras que el nihilismo ruso y el anarquismo colectivista apuestan también a la libertad positiva y luchan por la igualdad de base o la justicia social sin perder de vista que estos objetivos tienen que ser alcanzados sin perpetuar las relaciones de poder.

Epílogo y perspectiva

Estoy convencido de que la falta de avances, y los retrocesos actuales, en materia de derechos, se deben a que tanto el sector progresista como los revolucionarios están perdiendo el tiempo. Tenemos, por un lado, un sector super activo y movilizador, consciente y trasgresor que está anclado en el pensamiento marxista que, como ya he explicado, no solo es impopular, sino también retrógrado. Por otro lado, se encuentra un sector progresista, también llamado izquierda indefinida, que pierde el tiempo en practicar la política partidaria y no se anima a desafiar realmente al sistema establecido porque es dócil y aburguesado. En definitiva, el sistema los ha conducido a canalizar todas sus ambiciones políticas en el marco del sistema democrático que, como vimos, es engañoso de principio a fin y solo nos hace cambiar un amo por otro.

Detrás de esa ilusión de lucha constante entre izquierda y derecha partidaria hay una dirección inminente, no importa lo que se vote dentro del capitalismo, todo nos conduce a una explotación cada vez mayor de recursos y al colapso. Me gustaría decir que tenemos tiempo infinito, o al menos unos cientos de años para tomar conciencia, pero no puedo. No podemos darnos el lujo de esperar hasta que las condiciones ambientales se vuelvan tan malas que obliguen a los gobiernos del mundo a mostrar su verdadero rostro, cuando eso pase ya será demasiado tarde porque van a mantener funcionando este modelo tanto como puedan.

Aun cuando eso pase, la mayoría seguirá pasiva, creyendo que los tiempos de abundancia van a volver, como hoy lo hacen con la nostalgia por el Estado de bienestar. Igualmente me parece un poco triste tener que recurrir al argumento del colapso ambiental para tratar de movilizar contra este sistema, como si la explotación, la desigualdad, el embrutecimiento y la nula

participación que tenemos en nuestro propio destino no fueran suficientes.

No creo que haya una solución al problema, ni las más grandes ideas y análisis han logrado, hasta ahora, cambiar radicalmente este sistema. Propongo, sin embargo, una serie de pasos para organizar una lucha teniendo en cuenta los aprendizajes que nos dejó el pasado.

Por un lado, el sector de la población al que hay que apuntar no es “la clase trabajadora”, sino el progresismo, el reformismo y a los revolucionarios. Si de este conjunto de personas hubiera al menos una parte sustancial que entendiera que la lucha partidaria no funciona, que la democracia es un engaño y que no podemos seguir confiando a unos pocos nuestro destino, que todo el poder actual y pasado está subordinado a intereses económicos perversos, que la acción directa es la única forma real de protesta porque pedir y exigirle cosas al poder solo lo refuerza, entonces estaremos frente a una base de población con la que se podría trabajar. Se debe radicalizar primero las ideas para radicalizar las acciones.

Todo lo expuesto en este texto busca darle contexto y marco al anarquismo, siendo más o menos explícito. Sin embargo, me gustaría volver sobre mis pasos para aventurar una conclusión. Según vimos, la libertad puede ser entendida en dos partes, siendo la meritocracia más afín con la negativa y la justicia social con la positiva. En este sentido, nos encontramos con dos modelos antagónicos: capitalismo occidental y socialismo o dictadura del proletariado. El anarquismo nos da una perspectiva para criticar ambos modelos y claramente no puede estar en sintonía con ninguno ya que, por un lado, ambos apuestan por un Estado y autoridades que gobiernan nuestras vidas – podemos volver a mencionar aquí las ideas de Étienne de la Boétie o de Krishnamurti que vimos en el texto – y también limitan nuestra libertad, nos oprimen. Uno, el Estado liberal, con sus pilares fundamentales, la democracia, el libre mercado y la meritocracia nos oprime desde la desigualdad sin hacerse cargo de ella, el otro,

el Estado socialista, nos oprime quitándonos la libertad de vivir y actuar según nuestros deseos. La versión mixta de estos dos modelos, el Estado de bienestar -que opera en un difícil equilibrio entre el capitalismo y la justicia social -, nos deja con los problemas de base que señala el anarquismo: la opresión es inherente al Estado, la desigualdad es inherente al capitalismo, la corrupción es inherente a la autoridad. ¿Significa esto que los anarquistas no podemos aspirar a nada más que la utopía de una sociedad realmente justa? ¿Que es solamente una bella idea y, por tanto, carece de utilidad práctica? No. Y mil veces no. Ser anarquistas nos da una perspectiva que nos hace conscientes de nuestra opresión, la de todos, y nos previene de caer en el fanatismo partidario, ideológico, nacionalista o religioso. Por ello es tan importante retomar estas ideas – son la vacuna contra la alienación y la propaganda a la que nos enfrentamos día a día.

Como vimos, el anarquismo apuesta por igual a ambas libertades, a la positiva y a la negativa, por eso no es sensato pensar el anarquismo en términos estrictamente individualistas o, peor aún, tratar de vincularlo con ideas del libre mercado y de la meritocracia. Lo diré claramente: no querer pagar impuestos no te hace anarquista. Si solo nos centramos en nuestras libertades negativas – porque queremos estar libres de la opresión de la sociedad – y no nos importa el resto, no estamos buscando una sociedad justa. La ayuda mutua debe ser el pilar más importante de toda sociedad humana, solo esta afirmación parece ubicarnos en un costado, como extremistas, soñadores, utópicos. Nuestra postura crítica hacia el régimen existente, por más que sea evidentemente perverso, despierta todo tipo de acusaciones y justificaciones. No, tal vez no tenemos la respuesta a todo, ¿deberíamos bajar los brazos por eso? Los anarquistas del pasado, los referentes de la acción directa y la revolución, ¿acaso creen que tenían todo resuelto? ¿Creen que Simón Radowitzky, o Severino Di Giovanni tenían exactamente planeado cómo iba a ser la sociedad ideal y cuáles eran los pasos necesarios para alcanzar esa meta? Tal vez no, probablemente no, pero eso no les

impidió luchar contra la injusticia del momento histórico en el que les tocó vivir. La anarquía es un marco teórico que nos permite identificar lo que está mal, se trate de una sociedad capitalista, socialista o de cualquier otro tipo, tiene una visión profunda y muy adelantada a lo que nos toca vivir porque se niega constantemente a sacrificar los medios por ese fin último, desafiando las normas establecidas sin rendirle cuentas a nadie, sin pedirle permiso a nadie. La anarquía es una lucha porque nace como respuesta a la opresión y a la injusticia, pero también es una construcción conjunta que penetra en todos los aspectos de nuestras vidas, nos hace repensar la forma de vincularnos entre nosotros y con la naturaleza.